

Noveno d3a

A Virgen de la Sonrisa, Madre de la alegr3a.
 Vengo a ponerme delante de tus ojos buenos.
 Necesito esa luz de tus ojos serenos y esa esperanza
 de tu rostro amable.
 Te doy gracias Mar3a, porque est3s a mi lado en todos
 los momentos.
 Cuando sufro, tengo tu alivio.
 Cuando estoy feliz, compartes mi gozo.
 Vengo a buscar tu ayuda de Madre para m3-
 y para todos mis seres queridos.

Madre m3a, Virgencita, api3date de m3- que estoy
 deprimido, afligido, triste y me siento solo.
 Virgen de la sonrisa, devu3lveme el 3nimo,
 las ganas de vivir y la esperanza.
 Ay3dame en este momento de presi3n en el cual
 no siento ganas de vivir y de luchar.
 As3- como ayudaste a Santa Teresita a liberarse
 de la presi3n y la tristeza, alc3nzame el consuelo
 de tu Hijo Jes3s, y s3name de esta enfermedad. (Pedir con humildad y confianza la gracia que se quiere obtener)

Te pido que hagas nacer en nosotros a Jes3s.
 As3- podremos vivir con alegr3a,
 y saldremos adelante
 en medio de las dificultades de la vida.
 Danos fortaleza, paciencia, valent3a,
 y mucha esperanza para seguir caminando.
 Madre de la alegr3a, derrama tu consuelo
 en todos los que est3n tristes y cansados,
 deprimidos y desalentados.
 Que la hermosura de tu rostro,
 lleno de fuerza y de ternura,
 nos llene a todos de confianza,
 porque comprendes lo que nos pasa
 y somos valiosos para tu coraz3n materno.

Am3n. Lectura b3blica:

El primer d3a de la semana, dos de los disc3pulos iban a un peque3o pueblo llamado Ema3s, situado a unos diez
 kil3metros de Jerusal3n. En el camino hablaban sobre lo que hab3a ocurrido (la condena y muerte de Jes3s).
 Mientras conversaban y discut3an, el mismo Jes3s se acerc3 y sigui3 caminando con ellos. Pero algo imped3a que
 sus ojos lo reconocieran. 3l les dijo: 3qu3 comentaban por el camino?. Ellos se detuvieron, con el semblante triste, y
 uno de ellos, llamado Cleof3s, le respondi3: 3eres el 3nico forastero en Jerusal3n que ignora lo que pas3 en esto
 d3as!. 3Qu3 cosa?, les pregunt3. Ellos respondieron: 3Lo referente a Jes3s, el Nazareno, que fue un profeta poder
 en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y c3mo nuestros sumos sacerdotes y nuestros jefes lo
 entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron. Nosotros esper3bamos que fuera 3l quien librara a Israel.
 Pero a todo esto ya van tres d3as que sucedieron estas cosas. Es verdad que algunas mujeres que est3n con nosotros
 nos han desconcertado: ellas fueron de madrugada al sepulcro y, al no hallar el cuerpo de Jes3s, volvieron diciendo que
 se les hab3an aparecido unos 3ngeles, asegur3ndoles que 3 est3 vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y
 encontraron todo como las mujeres hab3an dicho. Pero a 3l no lo vieron'.

Jes3s les dijo: 3Hombres duros de entendimiento, c3mo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! 3No era
 necesario que el Mes3as soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?. Y comenzando por Mo3s y
 continuando con todos los Profetas, les interpret3 en todas las Escrituras lo que se refer3a a 3l.

Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jes3s hizo adem3n de seguir adelante. Pero ellos le insistieron:
 3Qu3date con nosotros, porque ya es tarde y el d3a se acaba'. 3l entr3 y se qued3 con ellos. Y estando a la mesa,
 tom3 el pan y pronunci3 la bendici3n; luego lo parti3 y se lo dio. Entonces los ojos de los disc3pulos se abrieron y lo
 reconocieron, pero 3l hab3a desaparecido de su vista. Y se dec3an: 3No ard3a acaso nuestro coraz3n, mientras nos
 hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?. En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a
 Jerusal3n. All3- encontraron reunidos a los Once y a los dem3s que estaban con ellos, y estos les dijeron: 3Es verdad,
 3el Se3or ha resucitado y se apareci3 a Sim3n!. Ellos, por su parte, contaron lo que les hab3a pasado en el camino y
 c3mo lo hab3an reconocido al partir el pan. 3 (Lucas 24, 13-35)

Reflexi3n:

En el camino de la vida no estamos solos. Dios se hace caminante con nosotros y nos ofrece una nueva interpretaci3n de las circunstancias que nos agobian o desconciertan. MarA-a con ternura inigualable, sonri3ndonos nos llena de confianza en las horas m3s difA-ciles, porque de ella comprende nuestras debilidades y porque como madre nuestra nos siente carne de su carne y nos cobija en su regazo, cerca de su coraz3n que late de amor por nosotros y por el mundo entero. Oraci3n final para todos los dA-as: De la mano maternal de MarA-a nos dirigimos al Padre con la oraci3n que Jes3s nos enseA±3.

(Se reza un Padre Nuestro)

Depositamos en las manos de MarA-a nuestras intenciones.

(Se reza un Ave MarA-a y Bajo tu amparo)

Bajo tu amparo

nos acogemos,

Santa Madre de Dios.

No desprecies las oraciones

que te dirigimos en nuestras necesidades.

Antes bien lA-branos de todo peligro,

Oh Virgen gloriosa y bendita.

Am3n. Primer dA-a Segundo dA-a Tercer dA-a Cuarto dA-a Quinto dA-a Sexto dA-a Septimo dA-a Octavo dA-a

Noveno dA-a